

**D**IOS mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!», exclama el Conejo Blanco y extrae un reloj del bolsillo, lo observa por un instante, echa a correr. Un siglo y medio después de que comenzase a hacerlo —en cierto libro publicado en 1865 cuyo título es *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*—, no mucho parece haber cambiado, excepto en un aspecto fundamental: ahora, quienes corremos somos nosotros.



«Inventar el navío es ya inventar el naufrago; inventar la máquina de vapor y la locomotora es, además, inventar el descarrilamiento y la catástrofe ferroviaria», observó sagazmente Paul Virilio. Para el filósofo francés, las in-

novaciones introducidas en el marco de la Revolución Industrial —«el descubrimiento hecho al mismo tiempo por todos los hombres ricos de Inglaterra de que niños y mujeres podían trabajar en sus fábricas veinticinco horas al día sin que murieran en exceso», según W. C. Sellar y R. J. Yeatman— contribuyeron a una aceleración de los intercambios no solo materiales entre las personas.

Bajo «la ilusión de una velocidad liberadora», lo que esta produjo fue una rearticulación de la relación entre poder, riqueza y —podríamos agregar— valor. En las promesas de la Revolución —más, antes, para más personas, más rápido, más barato— permanecía agazapado el accidente: la migración del campo a la ciudad; la transformación del campesino en proletario y el consiguiente aumento de la conflictividad social, el de la desigualdad; la carrera armamentística; la sustitución de lo político por las fuerzas del mercado; el estado de excepción permanente; la volatilidad de las fronteras; la transformación del conflicto local en problema global; el agotamiento de los recursos naturales; la desaparición de numerosas prácticas y oficios; la precarización laboral; el desempleo; el desplazamiento de la producción a los países periféricos, la pervivencia en ellos del trabajo infantil y el trabajo

esclavo; el adelgazamiento de la credibilidad periodística motivado por la imposibilidad de chequear una información y al mismo tiempo «darla antes» que la competencia; los «hechos alternativos»; la exacerbación de los sentimientos en la opinión pública y la conformación del juicio político; los fascismos.



Para Virilio, los cambios introducidos por las nuevas tecnologías en nuestros hábitos de trabajo y de interacción con otros, en nuestras formas de desplazarnos y aun en nuestra percepción de lo real, nos han puesto ya en una situación de «velocidad absoluta». «Hoy en día,

[ya] hemos puesto en práctica los tres atributos de lo divino: la ubicuidad, la instantaneidad y la inmediatez; la visión total y el poder total. Los multimedia nos enfrentan a un problema: ¿podremos encontrar una democracia del tiempo real, del *live*, de la inmediatez y de la ubicuidad? No lo creo, y aquellos que se apresuran a afirmarlo no son muy serios», afirma.



No todos están de acuerdo con este diagnóstico, sin embargo; surgido en la década de 1990, y bautizado con un término inventado por el escritor de ciencia ficción Roger Zelazny en 1967, un grupo de intelectuales británicos que se hacen llamar *aceleracionistas* ha concitado el interés de la prensa *alt-right* al sostener hace poco tiempo que el problema no es que vayamos muy deprisa, sino que lo hacemos demasiado lento. Como escriben Robin Mackay y Armen Avanesian en su prólogo a *#Accelerate: The Accelerationist Reader* (2014), para los integrantes del grupo, la innovación tecnológica y el capitalismo en su variante más agresiva deben ser acelerados en favor de una optimización de la especie humana; para ello proponen una